

La poesía de un teólogo:

P. Enrique Barón

Francisco Contreras Molina

Seguramente estos versos, escritos por Rubén Darío en homenaje-oración a Antonio Machado, sirven bien para evocar la presencia de un poeta-teólogo, y pueden ofrecer un fiel retrato interior de la figura tan añorada cuanto querida del P. Enrique Barón (= P.E.B.).

Bastaría tan sólo cambiar unas pocas palabras (la mención de la altivez no le cuadraba de ninguna manera) y añadir otras breves notas –tenía un porte especial de aristocrático, como un aire sevillano de distinción, o el severo rostro de algún busto romano de Itálica– para que la descripción poética resultase del todo verosímil y convincente.

*Misterioso y silencioso
iba una y otra vez.
Su mirada era tan profunda
que apenas se podía ver.
Cuando hablaba tenía un dejo
de timidez y de altivez.
Y la luz de sus pensamientos
casi siempre se veía arder.
Era luminoso y profundo
como era hombre de buena fe...
cantaba en versos profundos
cuyo secreto era él.*

Nada hacía presagiar que su aparente –tan sólo aparente, pues los hechos enseguida desmentían la primera impresión– distancia y frialdad encerrase tanta

vida y riqueza interior. Y que muy dentro de él latía un verdadero poeta. Pero "el secreto era él", y el P.E.B., al igual que el célebre poema de nuestro romancero, el Conde Arnaldos, sólo decía su canción a "quien conmigo va".

Si se me permite decirlo –valga como un pequeño testimonio de gratitud–, he sido afortunado al "ir con él", al gozar de su compañía. Aún más, puedo confesar que entre ambos surgió una entrañable y sincera amistad, especialmente cultivada en los últimos años de su existencia, y que se acrecentaba en un trato frecuente y en largas conversaciones sobre muy diversos temas, en especial de cristología y de poesía...y que se mantuvo viva hasta su muerte. Esta amistad, de otra manera transcendida, en forma de comunión, perdura milagrosamente todavía. Si hoy me atrevo a hablar de esta amistad, que he procurado mantener en una reserva sagrada, es porque constituye una íntima alegría declararla, cuando ya se ha cumplido el primer aniversario de su muerte, y me permite ventajosamente poder decir algo de su actividad poética. Como un alto honor porto el hecho de haber sido agraciado con la amistad del P.E.B. y haber tenido acceso privilegiado a algunas vetas de su corazón.

Desde esta ladera, pues, de la amistad, no me ha causado sorpresa alguna encontrarme con poemas suyos. Ya existía un cierto intercambio poético entre los dos: con harta asiduidad le daba a leer mis poemas; él los escrutaba atentamente y luego los comentábamos juntos. Pero nunca me dijo que él mismo escribía poemas. He permanecido del todo ajeno a tan singular oficio. Este hecho insólito constituía otro secreto celosamente guardado.

Más tarde han aparecido dos libretas tuyas, donde el P.E.B. iba escribiendo sobre variados temas, con predominio de los asuntos teológicos, para él más familiares. Se me ha permitido conocer estas reliquias tuyas, verdadero testimonio espiritual del P.E.B., cuya lectura resulta esclarecedora. Se puede constatar la capacidad de análisis de la realidad circundante –ningún tema parecía extraño a su mirada y a su curiosidad intelectual: el problema del terrorismo, el binomio fe–cultura, el diálogo continuo con los temas palpitantes de la actualidad, las noticias de los periódicos, el cine... –, también su fuerza de expresividad y el hallazgo de sus intuiciones.

Labor nuestra debe ser recoger cuidadosamente de entre tanta riqueza, como existe diseminada en este legado, algunas muestras, a fin de que no se pierdan, sean conocidas, y valoradas con justicia. Constituyen el único testimonio escrito que queda de este jesuita, profesor de cristología durante tantos años en la Facultad de Teología de Granada: un hombre bueno, sabio y silencioso, que amaba la escondida senda y quiso pasar por la vida de la manera más desapercibida, casi oculta. El había dejado escrito esta frase tan verdadera: "*Mi única aspiración es morirme en un rincón*". A muy pocos le es dado sentir con tal

hondura espiritual. Quien así se expresa, está revelando una grandeza de alma, una magnanimidad, que pertenece a las entrañas mismas del evangelio.

En una de esas libretas, garabateados con letra muy menuda, a veces costosamente legible, estaban escritos siete poemas. Curiosamente al inicio de las poesías, había escrito, al modo de un rótulo orientador, de manera paralela y al parecer deliberada: "*El Mesías de las siete señales*". Así puede ser designado el P.E.B, como "el poeta de los siete poemas". Ignoramos la existencia de otros, pero atendiendo a la calidad de éstos, bien puede inferirse que aquí no está recogida ni mucho menos toda su producción poética y que ha debido escribir muchos más.

Hay que decir que estos poemas, sin título –los hemos clasificado con una simple numeración romana a fin de que el lector pueda orientarse– son gritos del alma. Poemario completamente original. Se trata de una poesía condensada al máximo, intensamente vivida y depurada, que la hace difícil de ser captada en el primer momento. Su hermetismo revela ocultas profundidades, accesibles tan sólo al que persiste en una atenta actitud indagadora.

Cada uno de los poemas está lleno de resortes expresivos felices, en algunas ocasiones audaces. Señalan a alguien que conoce bien el oficio de poeta, que maneja con soltura y destreza los recursos del lenguaje, que tiene clara conciencia de poeta y que quiere escribir a su estilo, primorosamente. Es lo que podremos constatar a continuación, mediante la lectura crítica de los poemas.

–I–

*Destellos desde el quieto azul subido
rectilíneas flechas que mi escudo
para. Campeón, pasa, te saludo.
Tú, siempre igual a ti, de ti henchido.
Pañuelo blanco, ingrávigo, prendido
sobre los andamios del afán, mudo
testigo del camino incierto y rudo,
trepidado de mecánico ruido.*

En el poema I sorprende gratamente al lector, ya en los dos versos iniciales, la selección de la adjetivación, que logra crear una atmósfera descriptiva lenta y parsimoniosa. En cambio, en los dos siguientes versos, se pasa rápidamente, casi bruscamente, mediante el fenómeno de la aliteración ("*para...pasa*"), a una situación de enorme agilidad, subrayada puntualmente por la presencia reiterada, como sonidos en movimiento, de cuatro pronombres personales ("*te, tú, a ti, de ti*"). El poeta toca una cuerda sutil que alude, con manifiesta economía de palabras, tan sólo con la utilización de un pronombre, a lo más íntimo y recóndito del ser humano. Parece aludir a un diálogo clamante con Dios.

Existe un versolibrismo en el poema II: las sílabas oscilan entre ocho, siete y seis. Mantiene alguna que otra rima. Poema muy difícil de captar, deliberadamente oscurecido por las interrogaciones retóricas que formula y por el continuo contraste de su simbolismo espacial y térmico: cielo-tierra, apretadas-distantes, rocío, fresca-fuego. Hay una intensa concentración idiomática en estos versos misteriosos.

Otras veces, el autor prefiere librarse de esa condensación conceptual y parece perseguir una cierta relajación, mediante el recurso de unos versos más fluyentes. Tal es el caso del poema III. Es una composición breve, dotada de un cierto estilo anafórico. Presenta una panorámica de la vida –especialmente feliz su verso último "*sintiendo que cada punto es una cumbre*"– abierta y positiva. Muestra el autor ansias de altura y visión del todo trascendente.

–IV–

*En el mar de sonoros y cálidos brillos
surge la paz mate de una isla callada.
Una gota de otoño gris-plata
ha caído en las brasas estivas.
Nadie hila la fresca encerrada en el barro.
La tierra, higroscópica cual cloruro de calcio,
se bebe el zumo de nubes.
Y la grave plenitud sonora del trueno
completa la solemnidad ambiente.*

Por contraste surge el misterioso poema IV, un tanto surrealista. Los versos, dejados a su aire, van desde las ocho sílabas hasta las quince. Los abundantes adjetivos de la primera parte del poema están bien escogidos y logrados, y pretenden subrayar la fuerza de las antítesis. Después se añade metáfora a metáfora. Enigma a enigma. Resalta esa imagen visionaria: "*La tierra, higroscópica cual cloruro de calcio, / se bebe el zumo de nubes*". Es una figura poética y patética, que quiere rescatar elementos en principio no poetizables, propios de la química, y que puede muy bien entroncarse dentro del más atrevido futurismo literario. El lenguaje está sumamente elaborado, desprovisto de halagos y renuncia a la musicalidad aparente. Poesía, que resulta muy difícil de entender, dada su extrema condensación.

El poema V está resuelto métricamente a manera de dos tercetos encadenados. Es una pieza dialógica: el verso central va en segunda persona, abundan los adjetivos y pronombres asimismo de segunda persona. Poema sumamente complejo, por su apariencia y contenido: utiliza formalmente el recurso del hipérbaton: empieza con una condicional, los períodos de la frase se retuercen en interminables meandros expresivos, el verbo se sitúa al final del párrafo... La

dificultad se acrecienta mucho más, pues el poema tiene un fondo imaginativo, característico de las vanguardias, que le delatan como deudor ya sea del surrealismo o del ultraísmo.

-VI-

*Crepitan los trigos.
Pasa el Señor.
Le gritan: ¡La Ley!
Pasa Señor de trigales y leyes.
Ser espiga en tus manos,
como céntuple fruto.*

En este poema VI se destaca el papel de la naturaleza, coprotagonista de la acción, y que se resiente estremecida al paso divino. El Señor pasa reiteradamente (utiliza el autor el verbo pasar también en sentido irónico). No sabe el lector si el poema es una afirmación de hecho o una plegaria. La condensación/madurez cierra esta breve muestra.

-VII-

*El silencio orante de la noche
ha florecido de nieve y luz.
Jesús se ha vestido de Dios-hombre
¿Por qué en la soledad del monte?
Y el sueño de nuestros ojos
tuvo como sueños
la visión de Dios-luz.
Noche y sueño.
beber y gustar de la luz.
¿Es tiempo de despertar?
Es el tiempo de escuchar.*

En el poema final VII se utiliza por igual la rima asonante y consonante. Es un canto sereno, melancólico, refleja la actitud humana, que acepta la vida y contempla el mundo, sin acritud, con amoroso sentimiento filial, aun dentro del misterio. No faltan, sin embargo, en algunos de sus versos, especialmente en esa serie interrogativa ("¿Por qué en la soledad del monte? ¿Es tiempo de despertar?") ecos claramente unamunianos. El verso final, como un resumen concentrado de toda la temática, es una respuesta esclarecedora.

Tras estas valoraciones predominantemente de tipo formal, es preciso adentrarnos en el poemario completo, y buscar una serie de conexiones y estructuras que permitan considerar estas muestras de textos poéticos, como una totalidad del "hacer" de un hombre con capacidad poética.

Estos siete poemas del P.E.B. acumulan fulgores súbitos. Nos brindan presencias, nos alzan a una mayor altura. Inoculan empuje y ánimo: nos tonifican. Pero –hay que añadir enseguida–, deben ser leídos lentamente; tienen que ser "descrifrados", porque su dificultad estriba en que son el producto de un proceso de concentraciones expresivas. No nos orientan de forma intuitiva hacia su mundo poético. El autor en estos textos utiliza constantemente la analogía, que es uno de los ejes del arte moderno y que le permite la sustentación del pensamiento metafórico, usado reiteradamente.

El P.E.B. pertenece a ese tipo de poetas que es necesario "entender" para poder disfrutar de él. Lo que sucede en Góngora con respecto a la forma y con J. Guillén respecto al contenido, coinciden al unísono con esta poesía. Cada palabra –a veces un simple monosílabo, un pronombre...– y cada verso contribuyen a crear un clima característico, y en este mismo clima, los poemas, vueltos a leer varias veces, en atenta rumia interior, adquieren su pleno significado: se desvelan al lector. De este modo el P.E.B. transmuta la realidad material en realidad poética, es decir, la re-crea a través de su fina sensibilidad y de su mente lúcida. Y puede comunicar este mundo, ya por él manifiestamente transfigurado, al lector, que queda así enriquecido merced a este transvase cultural y simbólico.

Su conocimiento de la poesía, especialmente de la poesía de vanguardia, está reflejado en los textos de manera abrumadora. Su poesía está purificada de anécdotas, realismo y sentimentalismo, como ya hicieron el cubismo y el ultraísmo. Su talante es reflexivo y meditador, de tono filosófico en ocasiones, sin deje de amargura o de vano escepticismo. No es una poesía angustiada, ni tremendista, ni objetivizante, que aspira sólo a reflejar, al modo de crónica, lo cotidiano, sino interiorizada y reflexiva, que le permite contemplar la belleza inagotable del mundo y sus maravillas. Decididamente es antirromántico, se sitúa en el polo opuesto de una poesía nutrida de "dolorido sentir" o transida de agustia. Poesía equilibrada, tan aquilatada que sólo deja ver la quintaesencia del alma y del mundo, llena de salud espiritual y de virtualidades latentes.

Algunas características propias sobresalen en este singular poemario. Tales notas podrán ser mejor entendidas, al contar afortunadamente con comentarios del mismo autor. El mismo indica que "*cuando escribo mis ideas, son citas cuyos autores he olvidado*". No son en rigor "declaraciones", al modo de S.Juan de la Cruz, respecto a sus poemas, sino anotaciones sueltas y desperdigadas por sus escritos. Todas, sin embargo, coinciden tanto en la fina penetración de su visión y atinadas observaciones cuanto en la belleza de sus descripciones.

Es digno de reseñar la presencia constante del verbo en presente en todos los poemas, excepto en contadas ocasiones. Hay veintiún verbos en presente,

mientras que sólo en tres ocasiones la acción se narra en el pasado. El presente domina señeramente sobre las demás modalidades del tiempo; pero el uso de este tiempo verbal se enriquece con una multitud de significados. Para el P.E.B. la palabra poética —como en J.Guillén— sólo existe en el instante en el que la conciencia se despierta. Conciencia que conoce al mundo y en su proceso se conoce a sí misma. Para el P.E.B. el momento presente no es instante fugitivo, que se deslize entre las manos, sino plenitud de la vida, ya que *"cada punto es una cumbre"* (Poema III). El lo ha dejado escrito sentenciosamente:

"Intensidad del momento, porque el momento es lo único que tengo. Moderan según la propia capacidad las infinitas posibilidades. Y el fracaso dejarlo a la misteriosa realización de la transvida. Sé un quehacer y hago un deber. Y oro las dos cosas. Gris como el cielo son las horas. Pero el cielo gris trae las lluvias fecundas. Quieta como los árboles es la admiración. Pero de esa quietud nacen los frutos. A los montes los azota la intemperie. Pero los montes son espectadores de los siglos. Un pájaro, por el contrario, no es más que un brinco de vida; pero dado con alegría. ¿Tiempo pasado, tiempo derramado? ¿O tiempo pasado, tiempo embalsamado? ¿Qué existe, el presente, el futuro o el pasado? ¿Se puede pensar sin recordar y proyectar? ¿Es visible el huidizo presente?".

Frente al problema del tiempo, el poeta se plantea inquietantes preguntas, que son difíciles de ser respondidas. Atenazado por este enigma irresoluble, él quiere pronunciar su mensaje poético, que, al igual que A.Machado, constituye la *"palabra esencial en el tiempo"*.

También ha escrito que *"para la novedad, siempre fugaz, sólo hace falta la mirada atenta"*. Y más adelante ha añadido, relativizando las cuestiones que se piensan decisivas:

"El paso de los años relega al olvido lo que en un momento pareció la última palabra. No hay últimas palabras. Hay un caudal que corre".

Es la poesía del P.E.B. profundamente religiosa, aunque no se nombra de forma explícita a Dios, salvo en los dos últimos poemas. Pero la presencia del Señor está palpitante, presentida y anhelada. Es poesía imprecatoria, dirigida fervientemente a Dios. Logra una atmósfera singular en el conjunto, y consigue evocar el singular ambiente del misterio; nos sitúa a orillas del gran Misterio, como ha descrito A.Machado. La ternura, la gravedad, la afirmación del presente... son variaciones de una voz, esencialmente religiosa, ya sea con música interior o melodía exterior. Este Dios, punto culminante de toda la cosmovisión

poética, está invitando a escuchar: "*Es el tiempo de escuchar*" (poema VII), y especialmente a ver. A contemplar, entre todas las cosas, el milagro de la luz; pero sabiendo que, tal como acertadamente ha escrito: "*contemplar no es discurrir. No es observar. Es captar algo que está presente manifiesto y oculto; su realidad íntima*".

De verdadera poesía religiosa se trata, pues; pero su lenguaje, con frecuencia cifrado, adusto, enigmático, da a entender mucho más de lo que dice directamente, insinúa más que afirma y su palabra semeja prolongarse tras el silencio meditativo de la lectura. Diríase que la poesía del P.E.B. es como una larga estela de luz en nuestra sombra, que luego se deshace lentamente en el corazón. Hermosamente ha descrito este proceso:

"Esta mañana es tan clara que tiene un misterio, un misterio de luz. De luz en el verde naciente, ilusión de vivir. De luz en la nieve, en lo que se han convertido las sombras del invierno. De luz en el aire, tan limpio que no se ve, transparencia que todo lo acoge y lo acerca. De luz en el azul que siempre espera a que pasen las nubes".

Este símbolo de la luz baña en la claridad todos los poemas. Tanto es así que el poeta ve en su creación literaria casi identificados a Dios y a la luz. El mismo lo declara en el último poema: "*La noche ha florecido de luz*". Por eso, es preciso "*beber y gustar de la luz*". Para el poeta, la suprema felicidad, como el mejor de los sueños, consiste en contemplar a Dios-luz (Dios de Dios, Luz de luz). Con belleza lo ha expresado, por medio de la antítesis: "*El sueño de nuestros ojos / tuvo como sueños / la visión de Dios-luz*".

El autor ha parafraseado en prosa poética la imagen de la luz, como revelación de las cosas.

"Toda la novedad la da la luz. La misma vega, los mismos montes en un momento son nuevos. Porque es nueva la luz. Luz rasante bajo el plumizo cobertor de nubes. Todo está de estreno. Y la luz se ve mejor desde la sombra."

El escritor-poeta sigue recreando mediante descripciones llenas de belleza plástica el mundo nuevo instaurado por la luz. A manera de un génesis renovado, donde al principio fue la luz la primera creatura que hizo alumbrar el universo.

"La luz tiene una dimensión estética. Es bella. Esa luz estaba ahí para todos; pero muchos de hecho no la verían o, si la vieron, no les decía nada, como si no la vieran. Lo mismo ante un cuadro. Lo mismo ante la revelación de Cristo. Tiene una

dimensión estética que invita a contemplarla. "Hemos visto su Gloria".

El poeta percibe que la luz se ha descompuesto en múltiples irisaciones: el mundo, la naturaleza coloreada, las cosas perceptibles, hasta el fluir del arroyo o del tiempo. Todo esto es cuanto ve ensimismado el poeta. Y es real: "*Real como real es la poesía*". Ha ido, mediante el ejercicio de su contemplación, persiguiendo cuidadosamente el origen de donde proviene esa fuerza irradiante. Al final, toda su tarea poética refleja, con la fidelidad de un espejo hostigado por un rayo de luz, el lugar primario de donde proviene tanta luz y adonde toda luz conduce. El lo confesará abiertamente:

"En Jesús está todo lo luminoso de Dios, de la Iglesia y del mundo".

El poeta-teólogo se ha afanado por ver en esta tierra la Gloria de Dios. Y la Gloria de Dios es que el hombre viva, o que el hombre vive (S. Ireneo). Tal es nuestra más íntima aspiración, al acabar estas líneas, dicho sea con sus mismas palabras, pero al P.E.B. dirigidas y por él con todas las veras de nuestra alma humildemente suplicadas:

*"Que viva incluso más allá de la muerte, sin ahorrar la muerte.
Que viva ya, ahora".*

Francisco Contreras Molina.